

---

Sobre Genia Marín, *Cuauhtemocztin. Águila que desciende*, México, 2013, 302 pp.,  
Núm. Reg. 03-2013-1115102202200-01



---

Moisés Guzmán Pérez  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Universidad Michoacana de San Nico-  
lás de Hidalgo  
moisesguzmanp@hotmail.com

La psicóloga, maestra y escritora Genia Marín Hernández es originaria de la heroica Zitácuaro, Michoacán, ciudad en la que realizó sus estudios de primaria y secundaria bajo la guía de sus padres, los profesores Vicente Marín Iturbe, autor de la primera monografía municipal de ese lugar, y de la maestra Soledad Hernández. Interesada en continuar con su preparación profesional, se trasladó a la Ciudad de México para estudiar psicología, una de las carreras que se impartían en la Universidad Nacional Autónoma de México, que luego de concluida, gracias a sus capacidades y talento, tuvo la oportunidad de trabajar durante más de tres décadas en el área de prevención

social, en el departamento de penitenciaría de la Secretaría de Gobernación y en el penal de las Islas Marías.

Fue durante su residencia en la capital del país que Genia Marín tuvo la oportunidad de conocer a la maestra Eulalia Guzmán Barrón, quien le enseñó el rico pasado prehispánico de México y a la que dedicó el libro que hoy reseñamos. Quizá también debido a esa influencia, estudió y aprendió el náhuatl, aunque a veces ella misma ha llegado a dudar de sus propias traducciones. Consciente de que “lo que más hace falta en el país [...] es el patriotismo [y] la identidad nacional” en los jóvenes, se dedicó a escribir libros de historia, eligiendo como uno de sus temas de interés la vida de Cuauhtémoc, el último tlatoani azteca.

La obra está dividida en 11 capítulos y consta de 302 páginas, incluidas la introducción y la bibliografía. Va acompañada de decenas de imágenes, fotografías y grabados en los que, por cierto, la autora olvidó escribir la nota explicativa correspondiente y de indicar la procedencia de toda esa producción visual, un aspecto que en la actualidad resulta de sumo interés para todos los que nos dedicamos a esta profesión.

Para dar forma a su libro, la autora consultó un códice pintado en cuero de venado que se conservaba en el Museo del Alfeñique, de la ciudad de Puebla y que ahora está en Cholula; realizó trabajo de campo en Ichcateopan y en otros lugares del sur de la República; pero sobre todo, se apoyó en los escritos de la maestra Eulalia Guzmán que existen en la filмотeca del Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec de la capital del país, referentes a los restos de Cuauhtémoc. Además, revisó varios códices del periodo colonial temprano donde se hace referencia al tlatoani mexicana, un personaje histórico del que no debemos dudar de su existencia; consultó una

amplia bibliografía escrita por arqueólogos, antropólogos y uno que otro historiador, en la que también figuran autores aficionados que recogieron diversas tradiciones. Dice la autora que revisó y estudió más de setenta libros (su bibliografía tiene más de ochenta), destacando entre ellos el de la historiadora Dolores Roldán, titulado *Códice de Cuauhtémoc (Biografía)*, editado por Orión en 1984, que es “el que más datos insólitos, desconocidos y bien pensados contiene” (pp. 210, 257). Además, se citan en el libro documentos que existen en el Archivo General de Indias de Sevilla (AGI) y en el Archivo General de la Nación de la Ciudad de México (AGN), mismos que le sirvieron de base para fundamentar sus asertos.

Aunque el objeto del libro es otro, tiene sin embargo ciertos tintes pedagógicos cuando habla de la holgazanería de los jóvenes que dicen que “tienen derecho a divertirse” y se niegan a prepararse, ya sea mediante el estudio o a través de la práctica de algún oficio. Por otro lado, se ocupa del origen del término “gachupín” que según la autora significa “los que pican con los zapatos”. La etimología de esta palabra sería: cacchupini, de cactli, zapato y chupini, espinar-picar. A ese respecto, cabe señalar que el *Diccionario de autoridades*, tomo 4, volumen 2, de 1734, no registra dicho vocablo, por lo que es de suponer que comenzó a hacerse popular a finales del siglo XVIII o principios del XIX. El *Diccionario del Idioma* de Martín Alonso, que recoge el léxico de los siglos XIII al XX, no fija cronológicamente esta palabra, empero señala que “gachupin, -na” proviene del mexicano o náhuatl *cactli*, zapato y *tzopina*, punzar, picar y se utiliza de manera despectiva en toda América Central y en México, para referirse al español natural de la Península ibérica (t. II, p. 2085).

También resulta interesante la información que aporta sobre el buque escuela *Cuauhtémoc*, donde se forman y

capacitan los futuros marinos mexicanos, así como lo relacionado con la fiesta cívica en Ichcateopan en honor del último tlatoani azteca el 23 de febrero de cada año, misma que reúne a cientos de indígenas provenientes de distintos lugares y que con sus manifestaciones convierten aquello en una tradición viva.

Sin embargo, se deslizan en la obra afirmaciones que requieren una mejor explicación, y en otras definitivamente se carece de argumentos. Decir que Cuauhtémoc fue “el héroe que forjó nuestra nacionalidad” (p. 5) porque en 1521 eran mexicanos solo los de México-Tenochtitlán, en vez de fortalecer la identidad que pretende Marín Hernández, puede confundir al lector. Se insiste en que fue “el principal forjador de nuestra nacionalidad” (p. 15), pero nunca explicó ¿cómo fue que la forjó? Es aquí donde cabe preguntarse: ¿Los héroes nacen o nosotros los creamos? Olvida la autora que los héroes, como las naciones, son producto de una construcción colectiva que surgen cuando hay crisis de valores o crisis de identidad, y que somos nosotros los que los dotamos de ciertos atributos con los cuales nos identificamos.

Por otro lado, sería bueno saber ¿qué entiende la autora por historia oficial? Hago este cuestionamiento porque resulta paradójico que se emita una férrea condena sobre ella, por ser patrocinada y autorizada por el gobierno o las instancias gubernamentales ligadas a él, y que por otro lado se diga que “el gobierno de la República ha declarado de todas maneras ‘Altar de la Patria’ al templo de Ichcateopan, donde se localizaron y permanecen los restos” de Cuauhtémoc (p. 154). ¿Qué importancia tiene que el gobierno municipal y del estado, participen en la conmemoración del 23 de febrero? ¿Acaso se requiere de la presencia del gobierno para legitimar un hecho histórico? Más adelante, en otro párrafo recrimina que:

...a partir del 2006 el gobierno quitó de los programas de enseñanza elemental, la Historia de México, evidenciando que para ellos es mejor aprender inglés que saber quiénes somos y de dónde venimos [o] reconocer a los héroes que nos dieron identidad y esperanza para el futuro (p. 188).

La autora es consciente de que no es historiadora, pero está convencida de que la historia oficial ha tergiversado los hechos del pasado, o que incluso los ha borrado de forma deliberada, por eso supone que quizá los restos de Cuauhtémoc “tal vez estén todavía en Usumacinta Tabasco, ya que dos investigaciones serias (sin política) afirman que el cráneo de Ichcateopan es de mujer y además no hay huesos de brazos y manos” (p. 151). No está de más señalar que para Marín Hernández, no reconocer el hallazgo realizado por la maestra Eulalia Guzmán, en febrero de 1949 en Ichcateopan, se debió a una cuestión política y a la inequidad que ha existido en cuanto al género; no se podía otorgar el crédito de un descubrimiento tan singular a una mujer, por lo que, según ella, el gobierno de aquel tiempo optó por olvidarlo (pp. 160, 187).

Por otro lado, es evidente el peso que la autora concede a la tradición al momento de escribir su obra. De nuevo cabe preguntarse: ¿Es posible conocer la historia de una persona privilegiando la memoria y la tradición? Los que sabemos lo que aquella y éstas representan pensamos que no, y sin embargo, de forma reiterada la autora escribe: “Dice la tradición...”, “la tradición dice...”, “sólo como referencia en la tradición”, “según la tradición de Ichcateopan”, “la tradición dice que era mujeriego...”,

“esta versión también es parte de la tradición guardada en Ichcateopan”. “Yo también considero indispensable conocer la tradición para llegar a la verdad de nuestra historia...”; “iniciaré otra vez con el nombre y la tradición, comparada con la historia oficial...”; “la tradición dice que eran primos...”; “la tradición dice que uno de los guerreros se quedó a cuidar el cuerpo, pero la cabeza y los brazos que le fueron cortados no están con los demás huesos, porque lo mutiló en un pueblo y lo colgó en otro, como ya se dijo...”; “volviendo a la tradición...”; “la tradición dice que Zompancuahtin fue fundado por un grupo de chontales...”; etcétera, etcétera; esto es lo que podemos leer a lo largo de la obra en muchos de su párrafos (pp. 18, 19, 36, 37, 40, 45, 48, 114, 118, 137, 148).

Además de las danzas, el teatro y la literatura que han coadyuvado al desarrollo de esa tradición, está también el recorrido que desde 2008 realizan algunos indígenas que portan el fuego de la mexicanidad y el bastón de mando de sus respectivas etnias, desde Tenosique, Tabasco, donde fue sacrificado Cuauhtémoc, hasta Ichcateopan lugar en el que supuestamente descansan sus restos. Guardando las proporciones y las distancias, es algo parecido a la famosa cabalgata Morelos, inventada hace más o menos un cuarto de siglo, y que durante el mes de octubre se realiza partiendo desde el municipio de Charo, cerca de Morelia, hasta terminar en el de Huetamo, en Michoacán, cuando ya se ha demostrado que el caudillo suriano no llegó a estar en esta última población al inicio de su primera campaña.

En algunos párrafos el lector puede ver que la obra se escribió con gran sentido reivindicatorio y de autoafirmación. Como ejemplo, tenemos esta frase que dice: “Ahora, cuando un malintencionado recibe su merecido, los de

corazón mexicano decíamos: ‘Ya lloró Cortés’” (p. 61); o esta otra, donde afirma que la “acción negativista” de Ignacio Marquina, director del INAH,

...opacó por años la importancia del descubrimiento, pero el pueblo lo ha rescatado, principalmente las etnias de México, y a nosotros, los que orgullosamente llevamos la sangre autóctona, no nos lo van a quitar ya. Esta es la finalidad de este trabajo, recuperar este tesoro histórico, recuperar el culto de agradecimiento al héroe que forjó nuestra nacionalidad (p. 152).

A ese respecto, la autora también desconoce que el culto a Cuauhtémoc forma parte de la pedagogía cívica que el gobierno mexicano implementó durante la segunda mitad del siglo XIX, y que en el caso del tlatoani mexicana que nos ocupa, se comenzó a expresar a través de pinturas, discursos y monumentos desde los tiempos de Porfirio Díaz, como lo demuestran las recientes investigaciones realizadas por Lara Campos Pérez.<sup>1</sup>

En ocasiones se recurre a un lenguaje coloquial, poco usual y nada recomendable en un texto que tiene pretensiones de ser tomado en serio. La obra tampoco está exenta de una visión teleológica cuando dice que “el Mandato” de Moctezuma “sigue vigente, nuestra Cultura Madre ya pugna por volver a nuestra vida..., ningún gobierno ninguna influencia extranjera o extranjerizante lo podrá impedir” (p. 86).

.....  
<sup>1</sup> Véase su artículo: “Cuauhtémoc ‘El héroe completo’. La conmemoración del último emperador azteca en la ciudad de México durante el Porfiriato (1887-1911)”, *Historia Mexicana*, LXVI, 4, 2017.

Tal como solían hacerlo los miembros de la masonería durante la primera mitad del siglo xx —que afirmaban tener ciertos secretos que les estaba prohibido revelar—, de igual modo, en esta obra se sigue al profesor Memije, quien asegura que:

la dramatización de las danzas es ritual y con interés de lograr que el origen y contenido de las mismas solo fuera conocido por los interesados en perpetuar lo que en toda su esencia esconde (los mexicanos sí, los españoles no), hubo necesidad de nahualizar a los personajes y de invertir la realidad histórica (pp. 120-121).

Además de estos aspectos a los que me he referido, encuentro en la obra ciertas inconsistencias que deben corregirse, o al menos revisarse. Por ejemplo: La relación de amistad que supuestamente llegaron a tener Cuauhtémoc y Cuanícuti —al que considera “pirinda de origen purépecha”— en el *calmecac* de Tenochtitlán o bien en Malinalco, y de la ayuda que este último le brindó con 400 guerreros de Zitácuaro para hacer frente a los españoles. ¿O es pirinda o es purépecha? ¿En qué otra fuente de información se puede fundamentar la ayuda del cacique Cuanícuti a Cuauhtémoc? Además, para ilustrar este pasaje se acompaña al texto con un fragmento del mural “Historia de Zitácuaro”, pintado por Abel Medina Solís en 1986, mismo que se localiza en el patio principal de la presidencia municipal de aquella ciudad. Es pertinente señalar que para su confección, el artista, oriundo de Jungapeo, Michoacán, fue asesorado por el geógrafo Genaro Correa Pérez, quien para acabar de complicar las cosas, tenía una peculiar visión del pasado

del municipio, muy cercana a la historia oficial que critica la autora (pp. 25-26, 62, 100).

Por otro lado, ¿de dónde salió la versión de que Eréndira “les robó un caballo a los españoles y aprendió a montarlo a pelo y con él atacaba a los campamentos de invasores”? (p. 100) ¿De dónde, que Cuauhtémoc expidió una “Cédula”, en 1523, para aclarar los límites de la jurisdicción de las aguas del lago? (p. 102). Finalmente, hay que decir que Pedro Ascencio Alquisiras no era de Almoloya, como se infiere en un párrafo de la obra (p. 144), sino de Acuitlapan, municipio de Taxco, Guerrero, donde nació en el año de 1786, como lo ha demostrado en su estudio Anne Warren Johnson.<sup>2</sup> Desde luego, esto hace pensar que el jefe insurgente no fue alfabetizado en Almoloya ni tampoco llegó a tener tratos con don Fernando Chimalpopoca, como afirma la autora (p. 257).

Como vemos, escribir sobre temas históricos no es cosa fácil. Conlleva sus riesgos. No basta con leer decenas o cientos de libros, observar las tradiciones, recopilar testimonios orales, o apoyarse en ciertas disciplinas o avances científicos que en vez de clarificar, pueden dificultar aún más nuestro quehacer. Tampoco es suficiente atesorar cientos de documentos y papeles viejos, si no tenemos la capacidad de cuestionarlos y contextualizarlos, de discernir sobre su autenticidad y veracidad; o de ponderar su importancia para la historia local, regional o nacional. Por fortuna, todo esto se llega a solucionar mediante la profesionalización y la perseverancia en el oficio.

.....  
<sup>2</sup> Véase “Pedro Ascencio: mito, memoria e historia en el norte de Guerrero y sur de México”, en María Teresa Pavía Miller, Ane Warren Johnson y Brígida von Mentz (coords.), *Por el norte de Guerrero. Nuevas miradas desde la antropología y la historia*, México, Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2016, pp. 179-226.